

JÓVENES, VIOLENCIA Y MEDIOS. UNA MIRADA A LAS PANTALLAS ARGENTINAS

*Cintia Soledad Bugin y Luis Héctor Amaranto Barreras
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

Los medios de comunicación (especialmente la televisión) nos ponen en contacto casi permanente con la violencia, tanto la que existe en nuestra sociedad como la que se crea de forma imaginaria. Probablemente por eso son considerados con frecuencia una de las principales causas que originan dichos conflictos. Por ello, observar comunicacionalmente la televisión argentina actual y el rol de los jóvenes al interior de esta, en sus representaciones y en los modos de relatar la violencia, propone al investigador un compromiso profundo, dada su prevalencia en la sociedad contemporánea; en su relación en la reconfiguración de las agendas públicas y en las formas de representación de las políticas, en su acción con el Estado, con el mercado y con la sociedad.

Los estudios científicos realizados en torno a este tema permiten pensar en la posibilidad y conveniencia de utilizar la tecnología de la televisión con carácter educativo para prevenir estos fenómenos. Pero la influencia de la televisión a largo plazo depende del resto de las relaciones que el sujeto establece, a partir de las cuales interpreta todo lo que lo rodea, incluyendo lo que ve en la televisión. De la misma forma, se debería promover en la sociedad una actitud reflexiva y crítica respecto a la violencia que les circunda y analizar lo que llega a través de los medios.

Resulta importante para nuestro trabajo plantear la doble hipótesis que define Jesús Martín-Barbero, quien ante la tesis de la omnipresente manipulación y sus efectos propone que “la *influencia* —social, política, cultural— de los medios no es explicable ni por los dispositivos psicotécnicos del *aparato* comunicacional ni por los intereses económicos o ideológicos a los que sirve, sino que está profundamente ligada a su capacidad de representar en algún modo los conflictos sociales y de otorgar a la gente algún tipo de identidad. Y en segundo lugar, explica que la desproporción del espacio social ocupado por los medios de comunicación es proporcional a la ausencia de espacios políticos institucionales de expresión y negociación de los conflictos, y a la no representación en el discurso cultural de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías” (Martín-Barbero, 1989, pág. 11).

Toda sociedad ha intentado dar respuesta a cuestiones fundamentales, el colectivo social necesita definir su identidad, su articulación, el mundo, sus relaciones con él, sus necesidades y sus deseos. La vida social procede de una memoria colectiva y lo que somos se cimienta en nuestros modos de relacionarnos y nuestras construcciones imaginarias acerca de nosotros mismos. Cuando observamos un hecho violento, no estamos examinando lo que aconteció, sino que estamos analizando nuestra realidad. Consideramos que hoy las personas configuran gran parte de su identidad a través de los medios de comunicación, y en ese sentido, un modelo de prevención de la violencia tiene que, en primer lugar, enseñarnos a “leer” y a descifrar lo que construyen los medios. Las violencias se diversifican, alimentándose

a sí mismas del miedo, de la incertidumbre, de la desesperanza y de la disolución del vínculo social. Desde esta perspectiva, este trabajo pretende ser un ensayo crítico que permita comprender cuál es la relación existente entre los jóvenes, la violencia y los medios, señalando la importancia de los hechos como vínculos simbólicos desde los contextos, representando sus realidades sociales, culturales, políticas, económicas, históricas.

El espacio audiovisual, y en particular el televisivo, se abre ante la mirada de los jóvenes como un gran escenario donde reconocerse, donde vuelven a presentarse los lazos de la vida cotidiana. Bauman (2003, pág. 35) expone acerca de la relación entre la pantalla actual y el texto *1984*, de Orwell, donde ya no hay “un Gran Hermano observándote”; ahora la tarea es observar las crecientes filas de Grandes Hermanos y Grandes Hermanas, observarlos atenta y ávidamente, para encontrar algo que pueda servir: un ejemplo para imitar o un consejo sobre cómo enfrentar los problemas que, como los problemas de quien mira, deben y solo pueden ser enfrentados individualmente. Entonces, la lucha hoy consiste en lograr las imágenes significativas, por hacerlas más cercanas e imaginativas en dispositivos globales, pero desde expectativas locales.

Existe una hipótesis teórica que define a la TV como potencial culpable de la violencia reinante en la sociedad. Resulta importante para este trabajo releer la mirada que plantea el COMFER (en la actualidad AFSCA) en sus informes presentados durante el período 2005-2006 en los que delimita y marca una creciente de la violencia en la TV y resalta el aumento de las cifras de emisión sobre dicha temática, incluso creó el IVTV (Índice de Violencia de la Televisión Argentina). Este índice indica que, en abril de 2005 se detectó la irrupción en pantalla de un acto de violencia cada 16 minutos y 23 segundos, y la difusión de una noticia con las mismas características cada 15 minutos. El estudio calculó, además, que una persona expuesta a diferentes géneros que integran la grilla de los canales en los horarios de mayor audiencia presenciara alrededor de dos actos de violencia física (golpes, disparos, suicidios, homicidios, etc.), un acto de violencia psicológica (insulto, amenaza, intimidación) y un acto de violencia accidental durante solo una hora de programación (1). Como así también, agrega el informe, el 84 % de los programas de ficción, difundidos en televisión abierta en horario de alta audiencia (20 a 24hs), tuvieron escenas de violencia en ese lapso.

Durante enero de 2006, el 90 % de los programas de ficción (series, películas, comedias, telenovelas, etc.), emitido en *prime time*, difundieron escenas de violencia: en este período la pantalla exhibió un acto de violencia cada seis minutos. Un 60 % de esta violencia estuvo asociada a actos agresivos. En cambio, la violencia en los noticieros (durante enero de 2006), el 100 % de los noticieros de televisión abierta difundieron informaciones con actos de violencia. El 18 % de esas noticias correspondieron a delitos contra las personas; y aproximadamente un 12 % de las informaciones sobre hechos violentos fueron *Móviles en Directo* (2). Sin embargo, consideramos que esta cuantificación de hechos sirve solo para interpretar cómo se traduce en la mediación, dado que no es que la cantidad de tiempo dedicado o el tipo de programa frecuentado no cuente, lo que estamos planteando es que el peso político o cultural de la televisión, como el de cualquier otro medio, *no es medible en*

términos de contacto directo e inmediato, solo puede ser evaluado en términos de la mediación social que logran sus imágenes.

La televisión argentina actual tiene en el aire una amplia gama de programas que tienden a representar la violencia directamente vinculada a las acciones de los jóvenes y en la mayoría de los casos pertenecientes a las clases populares. Observamos que esta tendencia se profundizó en los últimos tiempos produciendo un cambio en las agendas informativas de los noticieros, en los que prevalece la temática de la inseguridad vinculada a las violencias medibles. De la misma forma, proliferaron programas de TV cuyo principal argumento es la estigmatización de los jóvenes. Algunos ejemplos de ellos son *GPS*, *Calles Salvajes*, *Policías en Acción*, *Cámara Testigo*, entre otros; todos con una estética de no ficción, cámara subjetiva, con la falsa apariencia de la realidad en crudo, pseudodocumental simulando (Jost) el aparente reflejo con lo real, dando como producto final una gran influencia en el imaginario colectivo y en la construcción de la figura del joven enajenado, sin futuro y lejos de pertenecer a la sociedad.

Por ello, el error es ver a los medios de comunicación como compartimentos estancos, aislados de la sociedad y que son ellos los que imponen que se hable o se cree determinada temática, por el contrario, creemos que hay que concebir que los medios son actores que construyen la realidad junto a otros representantes. Este debate de la mediatización de la violencia implica una operación social, política y mediática para tratar de contener las expresiones de la violencia en ámbitos acotados, y esas expresiones de violencia en los medios, en la escuela, en la sociedad enuncian una continuidad de los modos violentos y de cómo se instalan en esta contemporaneidad.

A continuación este trabajo releva algunas concepciones teóricas que ayudan a la interpretación de los vínculos entre la televisión, los jóvenes y la violencia.

La relación jóvenes y TV

El concepto de juventud ha sido bastante manoseado a lo largo de la historia, y esa concepción que antes se planteaba en una idea de futuro hoy deja paso a un conocimiento que habla de una etapa no solo de turbulencia, sino de una moratoria social (postergar las responsabilidades establecidas por la cultura como la familia, la procreación, etc.) se la presenta como una edad en la que se eluden los compromisos sociales. Pero podemos decir que, en realidad, no existe una única juventud.

Para posicionar el surgimiento de esta noción, muchos autores la sitúan en el fin de la Primera Guerra Mundial y sus años posteriores, sobre todo en la reafirmación de ciertos movimientos juveniles de principios del siglo xx en Alemania e Inglaterra. Pero especialmente, la Dra. Rossana Reguillo Cruz es quien plantea un debate interesante en esta irrupción, y es que se empieza a concebir al joven no como sujeto de derecho, sino como objeto de consumo.

Existe hoy una dramatización relacionada con un imaginario de la violencia de los adolescentes que sirve como estandarte para represiones, baja de la edad de imputabilidad y aumento de penas que enarbolan las banderas de la juventud como un riesgo social. De esta

forma, ante cada acontecimiento, se cuestionan los consumos culturales y las prácticas que los jóvenes establecen en el seno de la sociedad, estos relatos aparecen en términos de crónicas policiales, caracterizando cada detalle de jóvenes “alocados”, con armas, apolíticos y desenfrenados.

Si entendemos a la comunicación desde una perspectiva sociocultural como producción social de significaciones, los jóvenes, desde esta mirada, se presentan como un objeto de estudio. Habría que preguntarse ¿cómo otorgan sentido a sus prácticas en la vida cotidiana?, ¿cómo se definen?, ¿cuál es su forma de relacionarse con el otro?, en fin ¿qué implica ser joven?

La categoría de joven ha sido trabajada desde variadas teorías y a los efectos de esta indagación, sin duda, las postulaciones de Margaret Mead ayudan para comprender la importancia de la TV en los jóvenes, entendiendo desde la cultura prefigurativa dado el cambio en la naturaleza del proceso, desprendimiento de los padres y abuelos como modelos y donde los jóvenes no encuentran la narración de sus experiencias en la linealidad de la palabra impresa, sino la velocidad de las imágenes. Es decir, como señala también Jesús Martín-Barbero, la figura del flujo televisivo, con su discontinuidad que introduce la permanente fragmentación y la práctica del *zapping* que conlleva modos de ver que se pueden emparentar con los modos de habitar, desde el atravesamiento del palimpsesto de los géneros y los discursos, se convierte hoy en la forma de presentación de la experiencia cultural de los jóvenes. Una nueva generación donde las identidades dejan de desplazarse en los tiempos sólidos de la modernidad, y, a pesar de su fragilidad, son más elásticas y flexibles y pueden congregarse y convivir en distintas territorialidades, en mundos distantes y heterogéneos.

El joven *zappea*, navega, es parte y reniega de la pantalla, pero también es en la pantalla. Una cultura de la fragmentación que se expresa en la identificación de los jóvenes con los relatos fragmentados de lo audiovisual.

Ante el actual panorama de transformaciones, los jóvenes han sido afectados en su percepción de la política, del espacio y del futuro, y, como señala Rossana Reguillo “es en el campo de las expresiones culturales donde los jóvenes se vuelven visibles como actores sociales”.

En este sentido coincidimos con aquellas miradas teóricas que, más allá de la franja etaria, existen distintas maneras de ser joven; como explica Urresti, no existe una única juventud: en la ciudad moderna las juventudes son múltiples, y la diversidad, el pluralismo y el estallido cultural se manifiestan entre los jóvenes que ofrecen un panorama variado y móvil que abarca sus comportamientos, referencias identitarias, lenguajes y formas de sociabilidad.

Otra reflexión que aporta a este análisis es la mirada de Florencia Saintout, quien aclara que en “los jóvenes son aquellos adultos del futuro que tendrían que cumplir con ciertas obligaciones institucionales, pasar por la escuela, formar una familia, conseguir un trabajo, y cumplir sus deberes de ciudadanos cívicos. Pero el problema es que esta idea de ser adulto, desprendida de la modernidad, entró en crisis. La familia, el trabajo y la escuela están siendo cuestionadas como instituciones. Podríamos decir que ser joven hoy significa moverse en un

terreno de puro presente, de futuro incierto y vulnerable” (Saintout, 2006, pág. 48). En este terreno es donde la TV se vuelve, en palabras de los semiólogos, una institución analizable en tanto lugar donde no solo se representan sino que se construyen las identidades juveniles.

Las violencias y las pantallas

La violencia es una categoría clasificatoria, no hay algo que sea la violencia, sino que las sociedades utilizan la noción de violencia para catalogar ciertas prácticas que en algún período pueden ser vistas como violentas, pero que en otro tiempo histórico no necesariamente son enunciadas como tales.

En ese sentido, deberíamos hablar de las violencias en plural, reconociendo que la sociedad está atravesada por violencias simbólicas que han permitido la solución o resolución de todo tipo de conflicto a través de esa idea.

Asimismo, aparece como un fuerte problema la tendencia de adscribir la violencia en función de su escenario (violencia escolar, violencia en el fútbol, violencia juvenil), “estatus social” o su edad, como si por sí solos fueran portadores de explicaciones *a priori* de la ocurrencia de la violencia. Dichas expresiones en las escuelas son una continuación del modo en que la violencia se instala como lengua franca en esta actualidad.

Frente a la relación violencia/medios las posiciones se confunden y se debate entre el moralismo y el oportunismo. “En el intento por exorcizar la pesadilla cotidiana que estamos viviendo no solo la clase política, también buena parte de la intelectualidad crítica ha encontrado en los medios de comunicación —en especial en la televisión— el chivo expiatorio a quien cargar las cuentas de la pasividad política, de la dimensión moral y la agresividad social acumuladas. La violencia es el tema, pero lo que está en juego es el peso social que están cobrando las imágenes que este país se hace de sí mismo cotidianamente en la radio y la televisión, y las contradictorias concepciones de la comunicación que mediatizan lo que creíamos saber acerca de los medios” (Martín-Barbero, 1989, pág. 13). Para comprender esta relación de las violencias y las pantallas se debe tener en cuenta el momento de privatización de la vida y la disolución del espacio público, donde se pierde el sentido de la calle como ámbito de comunicación y reconocimiento.

En este contexto consideramos importante el aporte que hace Luis Hornstein cuando dice que “las depresiones son el flagelo de la época, que es una enfermedad social, y que luego de la sociedad industrial y la sociedad del ocio, se ha instalado una sociedad depresiva. El depresivo es aquel que sufre una pérdida y retraimiento que lo agobia y le produce una pérdida de autoestima, es decir del valor del yo. La autoestima supone una interrogación permanente a partir de los logros, las relaciones, la historia, el presente y, sobre todo, el futuro” (Hornstein, 2006, pág. 25).

La falta de futuro, mejor dicho, la falta de credibilidad de este hace que el presente se convierta en el único escenario posible para el desarrollo de la vida. La desocupación, la pobreza creciente, la falta de redes de contención social y la sensación de impunidad han

contribuido al aumento del delito, el desmembramiento de las familias y la proliferación de patologías como la depresión y la ansiedad. En este sentido, se empieza a concebir la violencia como único medio de solución de conflictos.

Omar Rincón y Jorge Bonilla aportan la idea de la existencia de dos tipos de violencia en la televisión, la que está presente en los géneros narrativos y formatos televisivos tradicionalmente asociados con la entretención; y aquella otra que tiene que ver con los sucesos que presenta la información. En este caso, los jóvenes afirman que los noticieros son los programas más violentos, y a partir de esta afirmación los autores esbozan dos hipótesis: la primera es que los procesos de comunicación son el campo clave de reconocimiento social y cultural. En los telenoticieros los jóvenes reconocen las violencias con que están hechas sus realidades locales, nacionales y mundiales. La segunda responde a un “posicionamiento” de la violencia y de la crisis política como los insumos principales de la agenda informativa de los noticieros de televisión. “Lo que queremos afirmar es que no basta con denunciar lo violenta que es la televisión si a la vez no se intenta preguntar cómo están elaboradas las mediaciones televisivas que se refieren a la violencia y de qué manera Estas retoman y procesan formas de comunicación que desde la vida cotidiana (escuela, familia, amigos) y escenarios de lo público (instituciones políticas, sociales, culturales) promueven el autoritarismo, la exclusión y la negación de formas dignas de convivencia en sociedad” (Rincón y Bonilla, 1998, pág. 6).

Ante ello no podemos pedir que la TV responda a lo real, como lo hacía gran parte del funcionalismo de la década del sesenta. Lo que vemos en las pantallas son complejos campos simbólicos, metáforas que refieren a lo real, que no deben ser consideradas como autónomas al contexto social, allí se ve la resignificación del Estado, la reconstrucción de las instituciones.

A partir de ello, la gran pregunta de hoy es ¿qué significa socialmente esta asociación entre violencia, juventud y medios? Lo que está pasando es que a través de otros relatos sociales se está demonizando nuevamente a la juventud, y aparece esta idea de que hoy el problema de los argentinos es el problema de la seguridad. Hoy se muere más gente en accidentes de tránsito evitables que con la violencia en las calles, sin embargo, el problema está focalizado en la violencia y además tiene ciertos actores (que son estos jóvenes construidos) que aparentemente no tienen posibilidad de futuro y por ello pueden atentar contra cualquiera.

Consideraciones finales

En estas primeras reflexiones que surgen a partir de los interrogantes que plantea la relación jóvenes, violencia y TV consideramos significativo aportar una mirada crítica que no solo advierta sobre los aspectos manipulatorios de la televisión, sino en la profunda relación que la sociedad, el Estado y el medio de comunicación comparten y las mediaciones que de este vínculo se desprenden. Pensar en la violencia aislada de la revisión de la historicidad de la Argentina, su construcción política, económica y cultural no permitiría comprender la complejidad de lo que los relatos mediáticos de la violencia y de los jóvenes en la actualidad. En este contexto, reconocemos que la sociedad está atravesada por violencias simbólicas

que han permitido la solución o resolución de todo tipo de conflicto a través de esa idea. Por lo que contener estos modos de violencia sería un eje fundamental, para reconstruir el habla, la ruptura del diálogo que reina en algunos sectores, sobre la base del reconocimiento, la diversidad y el respeto por el otro en tanto sujeto.

Y en tanto su protagonismo en nuestra sociedad, la importancia de promover a la TV como lugar de ruptura y de creación donde cada vez más jóvenes puedan intervenir en los procesos de producción y no solo de recepción de las nuevas obras. Expresar el nuevo *sensorium*, el *palimpsesto* que constituye la identidad del joven actual, una mirada minada de fragilidad, de fluidez, de indefinición pero al mismo tiempo de consolidación de nuevos modos de representación, de la certidumbre de crear nuevos lenguajes para encontrar las maneras de nombrar la razón de su ser social. El avance de las nuevas tecnologías puede ser un aspecto alentador si los jóvenes pueden ser parte de ellas, crear a partir de ellas y ser vistos en ellas. Hoy, los jóvenes son los protagonistas de ese lenguaje, son ese lenguaje a definir, esa imagen a relatar.

Vemos con expectativas de avance la sanción de la Nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual en la Argentina, en una nueva concepción de los medios y su relación con el Estado. Comprender y transformar la TV como espacio de la diversidad de los relatos donde puedan participar activamente nuevas voces implica un posible futuro donde las formas de narrar la violencia no sirvan a los fines de la estigmatización y la manipulación, sino en la representación y en la reflexión crítica que de ella se desprendan, es decir, relatos donde, en palabras de Walter Benjamin, el contenido de lo real esté presente pero mucho más importante, donde del contenido de verdad sea el que predomine. Cuanta mayor verdad encuentre este lenguaje, mayor cercanía a la comprensión de los jóvenes y su nuevo rol social en la Argentina y, por ende, una menor presencia de las violencias en la sociedad y, por tanto, también en las pantallas.

Notas

(1) El corpus del estudio estuvo integrado por 128 programas de ficción (series, largometrajes, dibujos animados, telecomedias y telenovelas) con 577 actos de violencia y 241 noticieros con 2408 unidades informativas con violencia, correspondientes a las cinco emisoras argentinas de televisión de aire de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Fueron excluidos los *spots* publicitarios y los avances promocionales de programación. El término *prime time* designa al espacio horario de mayor encendido; de conformidad con el alcance del presente estudio dicha franja abarca el período de 20 a 24 horas.

(2) La violencia en los programas de entretenimiento incluye la programación que escapa a la definición de *ficción* tradicional: variedades, concursos, *reality shows*, humorísticos, etcétera. Solo un 7 % de estas emisiones que integran esta categoría difundieron violencia durante el mes de enero de 2006.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt, *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
Benjamin, Walter, *Discursos Interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1982.

- *Conceptos de Filosofía de la Historia*, La Plata, Terramar Ediciones, 2007.
- Hornstein, Luis, *Las depresiones, afectos y humores del vivir*, Paidós, 2006.
- Martín-Barbero, Jesús, *Violencias televisadas*. Ponencia presentada en la I Conferencia de Facultades de Comunicación y Periodismo, convocada por la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), septiembre de 1988.
- Reguillo, Rossana, “Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto juvenil” en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, Norma, 2000.
- Rincón, Omar y Jorge Bonilla, *Violencia en pantalla: Televisión, Jóvenes y Violencia en Colombia*. www.dialogosfelafacs.net.
- Rincon, Omar, “Televisión, video y subjetividad”. *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*. Bogota, 2002.
- Saintout, Florencia, *El futuro llegó hace rato*. Comunicación y estudios culturales latinoamericanos, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, 2006.